

imposibilidad por establecer una adecuada definición geográfica y cultural del área que abarca, a diferencia de lo que ocurría hace un siglo, cuando se podía trazar un límite preciso respecto de Oriente. Cabe mencionar, además, que la distancia respecto de lo no occidental se ha multiplicado al interior de cada ciudad europea a un nivel que apenas alcanzamos a avizorar. Si extendemos esta tendencia hacia el año 2050, la hegemonía de Occidente queda reducida entonces a una broma de mal gusto. Para ese entonces, según estimaciones citadas por el autor, Europa estaría próxima a cortar las prestaciones básicas a sus ciudadanos en medio de la amenaza por quedarse despoblada, peligro ajeno al Medio Oriente o al África del Norte, regiones demográficamente robustas y proveedoras de mano de obra y seudociudadanos a la Unión Europea. Esta situación solo puede derivar en un escenario conformado por minorías étnicas sujetas a crisis económicas recurrentes, con las consiguientes represalias por parte de grupos nacionalistas. Y, a juzgar por el argumento del libro, uno ya puede predecir cómo terminará dicha historia.

JOSÉ RAGAS

Pontificia Universidad Católica del Perú

KOHUT, Karl y Sonia ROSE (eds.). *La formación de la cultura virreinal. III. El siglo XVIII*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Ver-vuert, 2006, 589 pp., ilustr.

Con este cuarto volumen, dedicado al siglo XVIII, que recoge las ponencias presentadas en el encuentro de especialistas organizado por Karl Kohut y Sonia Rose en la Universidad de Eichstatt-Ingolstadt en el año 2003, concluye la notable serie de publicaciones dedicadas a tratar las culturas hispana y lusitana en la América colonial. Anteriormente fueron publicados los volúmenes dedicados a los siglos XVI y XVII.

Resulta encomiable el esfuerzo de los editores por organizar un corpus de textos bastante heterogéneo (24 trabajos en total) en seis secciones.

Pasemos revista brevemente a cada una de ellas. La primera, titulada «Planteamientos generales», ofrece un análisis de los principales aspectos históricos, ideológicos y políticos del siglo, al tiempo que cuestiona algunos de ellos tomando en cuenta las recientes investigaciones. Se estudian los discursos y las reformas en el mundo ibérico del siglo XVIII (Horst Pietschmann); el espíritu reformista existente en el Río de la Plata (Eugenio Óscar Acevedo); las dos principales corrientes estéticas del siglo, el Neoclasicismo y la Ilustración (Dieter Janik); y los orígenes de la «disputa sobre el Nuevo Mundo» (Karl Kohut).

«Ilustración y ciencias naturales: las expediciones» es el tema de la segunda sección. En un afán de reconocer los territorios y, al mismo tiempo, facilitar su explotación comercial, los monarcas borbones enviaron, cuando no patrocinaron, a diversos hombres de ciencia a América. Son tratadas las expediciones de Hipólito Ruiz, José Pavón y José Dombey al Perú (Jean-Pierre Clément) y de Alexander von Humboldt a América (Miguel Ángel Puig-Samper y Sandra Rebok), así como el estudio que se hizo en dicha época de la botánica de Nueva España, Nueva Granada y el Perú (Antonio González Bueno).

La tercera sección, «Ilustración y reformismo: las elites criollas», explora el rol central que tuvieron los grupos privilegiados en el ejercicio del poder en el ámbito local, así como sus expresiones y consecuencias. Incluye ensayos sobre las exequias de Luis I en Santa Fe de Bogotá (Émile Dairon), la prédica jesuita en el virreinato peruano (Carlos Gálvez-Peña), la contra-Ilustración y la crítica al reformismo borbónico en la Nueva España (Peer Schmidt) y el impacto de la rebelión de los comuneros neogranadinos en la formación de una identidad local (Hans-Joachim König).

«Consolidación de las culturas regionales» es el título de la cuarta sección. Esta incluye diversas temáticas de estudio, como los códices novohispanos Techialoyán (Elke Ruhnau), la *Historia da America Portuguesa* de Sebastiao da Rocha Pita (Dietrich Briesemeister), el tratamiento del territorio y la geografía en la *Gazeta de Guatemala* (Catherine Poupenev Hart) y los discursos de la elite limeña sobre las castas (María Soledad Barbón). La quinta, «Transmisión y perpetuación de ideas y modelos»,

explora los medios por los cuales las ideas llegaron a América, como también las prácticas culturales que hicieron posible su conservación. Medios esenciales de transmisión fueron los libros (Carlos Alberto González Sánchez), los comerciantes (María Cristina Torales Pacheco y Fernando Jumar) y la lengua y literatura latinas (Alfredo Eduardo Fraschini).

La sexta y última sección contiene cinco ensayos acerca de «La República de las letras y los proyectos políticos». Básicamente, estos exploran la condición del escritor en el contexto colonial y su relación con el poder. Así, se exponen el significado político del poema *Telémaco en la isla de Calipso* de Pedro José Bermúdez de la Torre (Sonia Rose) y el de la aprobación de este autor a la *Lima fundada* de Pedro de Peralta (José Antonio Mazzotti), así como los alcances y límites del mecenazgo artístico en el Brasil (Iván Texeira) y Nueva Granada (Renán Silva).

La imagen del siglo XVIII que ofrece este elenco de textos es rica y compleja. Dada la limitación de espacio, tan solo comentaremos algunos de ellos. La mayoría de los ensayos, de una u otra manera, llama la atención acerca del rol protagónico de los criollos en el entramado político colonial. Alguna vez, John Lynch escribió que el Estado virreinal expresaba no solo la soberanía de la Corona, sino también la de las elites locales. Por ello, propuso entender la política colonial como una práctica de consenso, es decir, como una permanente negociación entre los agentes de la Corona en América y los terratenientes, mineros y hacendados criollos. Tal política fue alterada por la introducción de las reformas borbónicas, y el malestar se expresó de varias maneras. Como lo demuestra Carlos Gálvez en su magnífico ensayo, los escritores criollos de la Compañía de Jesús se sirvieron de la homilética para invocar la reforma del gobierno, apelar por una mayor protección real en el contexto colonial y discutir la figura del monarca y sus atribuciones políticas. Pero las críticas no solo se dejaron sentir en el virreinato peruano, sino también en el novohispano. Peer Schmidt analiza las reacciones de las elites criollas locales ante el proyecto reformista borbónico. La actitud del cabildo mexicano frente a las nuevas medidas políticas y económicas dictadas desde la metrópoli permite entender la gestación de un discurso de reivindicación regional que madurará a inicios del siglo XIX.

Un segundo aspecto que merece ser comentado es el del rol de los miembros de la república de las letras en el contexto colonial. La relación entre estos y el poder fue muchas veces regulada por el patronazgo. Este implicaba una relación de mutua necesidad entre el patrón y el cliente. Para aquellos que ejercían el poder, la protección a los artistas y hombres de letras fue entendida como una manera de realzar su entorno cortesano, justificar sus acciones de gobierno, enfrentar a sus críticos o lograr su reivindicación ante el juicio de la posteridad. Para los clientes, el mecenazgo era un medio de alcanzar la promoción social, el bienestar económico y el reconocimiento de sus cualidades. Sin embargo, la relación patrón-cliente no convirtió necesariamente a este último en un conformista. Hombres como el limeño Pedro José Bermúdez de la Torre, protegido de sucesivos virreyes en las primeras décadas del siglo XVIII, se sirvieron del ejercicio literario para enaltecer a los poderosos y expresar su valía intelectual, pero también para dar a conocer sus reclamaciones políticas. En el caso del escritor limeño, su *Telémaco*, analizado de manera notable por Sonia Rose, constituye una elaborada expresión de la adhesión de los criollos a la causa de Felipe V y un recordatorio del vínculo privilegiado del virreinato peruano con la Corona española. De otro lado, los fastos luctuosos constituían también una ocasión para que los escritores criollos pusieran de manifiesto su lealtad a la monarquía. Es el caso de las celebraciones llevadas a cabo en Bogotá en 1725 con ocasión de la muerte de Luis I, analizadas en detalle por Émile Dairon.

La formación de la cultura virreinal es un libro valioso porque invita a aproximarnos al último siglo de la dominación hispánica y lusitana en América desde una perspectiva multidisciplinaria. En tal sentido, celebramos la iniciativa de sus editores por ofrecernos este acabado producto de los estudios coloniales.

PEDRO M. GUIBOVICH PÉREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú